

después, un lugar destacado en el panorama de las letras de nuestro país. Gabriel Celaya, Manuel Pinillos y Leopoldo de Luis, líricos de la inmediata postguerra, mostraban entonces ciertas afinidades con el neorromanticismo de la revista *España* si bien sus obras eran prueba de una calidad y una originalidad superiores a las de los más afectos a dicha publicación. Celaya era desde hacía poco tiempo uno de los poetas españoles más influyentes, pues estaba escribiendo entonces lo que creo más valioso de su obra, tanto que en el transcurso de muy pocos años llegó a ser considerado con toda justicia, y al lado de Blas de Otero, como uno de los precursores e inspiradores de la poesía social. Celaya fue muy generoso con nuestra revista, para la que me entregó cinco colaboraciones, algunas de ellas hitos fundamentales de su obra, Manuel Pinillos, que acababa de revelarse como una de las voces más personales de aquellos años, y Leopoldo de Luis, autor de una obra poética tan coherente como realista en el mejor sentido de la palabra, colaboraron, aunque trascendiendo estéticamente, con aportes de gran valía a la corriente recién mencionada. Leopoldo fue su antologizador, y su labor crítica, lejos de limitarse a este campo, ha sido y sigue siendo una de las más lúcidas y honradas de nuestro panorama literario.

Varios otros de los poetas que colaboraron en *Deucalión* empezaban a ser considerados figuras importantes de nuestra lírica en los años 50 y 60. El aragonés Miguel Labordeta, tenido en la actualidad por uno de los más importantes de la postguerra, mostraba en su obra claros rasgos surrealistas y expresionistas y no era, ni mucho menos, ajeno a la resistencia ideológica al régimen; Santiago Amón, palentino como Carriedo, y que estuvo a mi juicio, muy influido por él; Mario Angel Marrodán, Félix Casanova de Ayala y Manuel Pacheco, que representaban a una vanguardia no organizada en grupo, era natural que colaborasen en esta revista. En todos ellos había rasgos estilísticos procedentes del surrealismo o del postismo, cosa que no impidió, sino más bien facilitó, el que tres de ellos —Labordeta, Carriedo y Pacheco— escribiesen una poesía cívica y comprometida. Y digo que aquella etapa suya fue más favorecida que obstaculizada por tales rasgos estilísticos, producto de una convicción íntima, porque tanto el surrealismo como el postismo fueron corrientes poéticas inconformistas. Un caso aparte es el de Gloria Fuertes, poetisa *naïve* de obra desigual pero en la que solían encontrarse aciertos tan memorables como los que suponen sus poemas aparecidos en *Deucalión*.

La poesía andaluza tuvo una buena representación en nuestra revista con los versos de José Manuel Caballero y Bonald, que se revelaría después como novelista, con los de Manuel Álvarez Ortega, de obra afín a la del grupo de la revista *Cántico*, con los de Antonio Murciano, con los de Fernando Quiñones y con los del cordobés Rafael Millán, animador en Madrid de la revista *Agora* y de varias colecciones de libros de poesía. En 1954, publicó éste la antología *Veinte poetas españoles*, obra que todavía mantiene una ejemplar vigencia para los investigadores de nuestra literatura.

Aunque hace años que he dejado de saber de algunos de estos poetas —de los menos, por supuesto—, creo interesante, para que el lector se haga una idea del trasfondo cultural de *Deucalión*, algo de lo que todavía recuerdo de los demás. Eduardo Moreiras, muy activo por entonces en Galicia, publicaba una revista, consistente en un sobre en el que iban metidas unas cuantas hojas impresas, titulada *Mensajes de poesía*. De Moreiras he sabido poco desde